

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Sábado, 09 de Octubre de 2010



A MODO DE INTRODUCCIÓN. UNA ESPECIE DE DECLARACIÓN DE INTENCIONES.

Dicen que los pueblos que no honran a sus héroes, son pueblos desagradecidos, condenados a la maldición de unos años oscuros. La revolución científica del siglo XVIII se llevó por delante el culto al héroe y al mito, de la misma manera que un huracán arranca del suelo las viviendas de los lugares por los que pasa. El siglo XIX fue el siglo de las Academias Nacionales. Las Academias, conforme a los nuevos tiempos, trataron de desmitificar y desheroizar, sobre todo, a muchos de los personajes más relevantes de la Historia de un país. Sin embargo, yo soy de los que piensa que, en realidad, quien decide quién es un héroe y quién no lo es, es precisamente, la propia gente, el propio pueblo. Es quizás uno de los actos más democráticos que podemos encontrar en sociedades que distan mucho de tener como sistema político la democracia. Para un pueblo, cierto personaje es un héroe, pero eso no es óbice para que ese mismo personaje sea para otro pueblo, un auténtico villano. La Historia está llena de héroes y de villanos. Sé que lo que digo no es académico. No pretendo serlo en la serie que hoy comienzo. Lo que tendrán oportunidad de leer no son relatos estrictamente históricos. No se ajustan a la visión oficial, academicista, que se tiene del tema que voy a tratar. Se trata, simplemente, de expresar mi visión particular, aunque en ocasiones me apoye en ciertas teorías más o menos aceptadas, sobre todo, de los temas que más curiosidad o interés me han suscitado. De lo que trataré en definitiva será, de alguna manera, de compartir con vosotros, esta curiosidad a través de esta serie. No sé si hoy hay héroes o no los hay. Tal vez los de hoy solo sean de tipo deportivo, o quizás de tipo mediático: cantantes, actores, famosillos. Es nuestra cultura actual la que nos ha dictado los parámetros nuevos a los que tenemos como referentes. No digo que eso sea bueno, o sea malo. Simplemente, es así. Pero en otros tiempos, los héroes eran los guerreros, los líderes de los pueblos, todos ellos nutridos de una ristra interminable de hazañas. Yo os contaré algunas historias sobre alguno de esos héroes. Héroes de la antigüedad más remota, pero héroes de antaño. Héroes del más extranjero de todos los países que podáis imaginar, pero también héroes de nuestro país, de nuestra cultura. Somos nosotros mismos. Nuestra cultura somos nosotros. Sin nosotros, la cultura española no existiría. Y estos héroes forman parte de nuestra cultura. Por eso no creo que fue bueno el que el Academicismo enterrara a los héroes del tiempo perdido. Hay muchos tiempos perdidos, de los que no tenemos mayor conocimiento sino a través, precisamente, de mitos, leyendas, y héroes, muchos de ellos, quizás meras imaginaciones colectivas. No se puede decidir enterrar a una legión de héroes solo porque no se adecuen a un método de estudio. Quizás, porque anteriormente sí que lo hacían, y servían como modelo social. Eso también fue una forma de hacer y escribir la Historia.

No voy a seguir aburriendo con justificaciones que, de alguna forma, no son necesarias. Vuelvo a repetir, lo que voy a escribir aquí son sólo opiniones o teorías mías, propias o apoyadas en algunas existentes, pero mías en definitiva. En esta serie no voy a narrarles resúmenes de periodos históricos, o de culturas completas, todo ello lo pueden encontrar en Internet o en cualquier librería mínimamente seria. Lo que pretenderé será, al menos, dar a conocer algunos episodios no muy amplios, a modo de gotas o manchas sobre un mantel enormemente blanco, sobre cuestiones o asuntos que aún no están convenientemente resueltos a nivel histórico. Es decir, no les hablaré, por ejemplo de Las Cruzadas, pero sí podría dedicar algún episodio concreto, por ejemplo, a Saladino, o a Ricardo Corazón de León. Por ejemplo, no les escribiré una tesis sobre las primeras poblaciones de la Edad del Hierro en España, pero sí le dedicaré un episodio, por ejemplo, al mayor enigma hoy por hoy de la Historia de España, y quizás de Occidente: Tartessos. Mi intención soterrada es abrirles un espacio para la especulación, el debate y la discusión sobre estos asuntos, o bien, abrirles la curiosidad o el interés sobre ciertos temas. Pero si no lo consigo, al menos, intentaré entretenerles lo mejor que pueda, que en mi caso, es poco. Pues sin mayor dilación, creo que ya es hora de comenzar el primer episodio de esta nueva serie.

EPISODIO 1. ¿QUIÉN MATÓ AL GENERAL PRIM?

Cuando España volvía a estremecerse, como una de tantas veces, al saber que el despotismo de un rey deseado pero indeseable iba a ser la carta amarga de cada liberal y progresista, en la ciudad tarraconense de Reus nació Juan Prim y Prats. Su padre fue un notario que por causa de la guerra antifrancesa no tuvo más remedio que alistarse al ejército menguado y tísico de la España Liberal, aquella que había nacido de sí misma. En 1807 no había liberales en España. En 1809 eran la mayoría. No fue ni lo uno ni lo otro. Solo que en 1807 España soportaba el anquilosado y farragoso Antiguo Régimen, despótico y autoritario de los Borbones, mientras que en 1809, los Borbones eran unos pájaros enjaulados en el extranjero. El Antiguo Régimen cayó en España porque se marchó con el rey Fernando VII al exilio. Se produjo una auténtica Revolución Española. ¡Hasta hubo clérigos liberales! España rompía sus cadenas porque era el momento de hacerlo. Aunque poco le duraría. Paradójico fue, ¿no creen? que los ejércitos liberales españoles, con el apoyo de los ingleses, lucharan contra los franceses, que también querían implantar un Estado liberal para España, defendiendo una Constitución, la de Cádiz, que abogaba a favor del rey Fernando, que más allá de ser liberal, era un auténtico absolutista. Es decir, que los liberales españoles, con cada batalla que ganaban a los franceses, perdían la suya propia, porque cada paso que el rey José, francés, caminaba en dirección a los Pirineos, era un paso más que caminaba Fernando, el Borbón, también hacia los Pirineos, pero en dirección contraria. En dirección contraria no solo en términos geográficos, sino también políticos. La espada que cortó definitivamente el vínculo de los liberales con Fernando se llamaba *el manifiesto de los persas*. Ahí acabó todo. Se había luchado contra Francia para que el Borbón siguiera haciendo y deshaciendo como hasta 1808. De forma que, el país, quedó como si entre el Motín de Aranjuez (19 de marzo de 1808) y el Manifiesto de los persas (12 de abril de 1814) no hubiera sucedido realmente nada. Realmente no sucedió nada, porque lo que se hizo se hizo sin la Realeza. Pero el país era distinto. ¿Cómo podría ser? —se preguntaba Fernando. Los militares se agruparon en sociedades secretas, a veces mal llamadas masónicas, y conspiraban contra el despotismo (no solo contra Fernando, sino contra quienes lo apoyaban). El padre de Juan Prim formaba parte de una de ellas. Sin embargo, a cada intentona, el despotismo respondía con el fusil. Solo entre 1820 y 1823, los liberales se pudieron imponer al déspota. Fue un régimen débil y fracasado el propiciado por el general Riego. Los franceses volvieron a cruzar los Pirineos en dirección sur diez años después de haberlos cruzado en dirección norte. Pero *los cien mil hijos de San Luis*, eran un ejército Borbón, apoyado por la Santa Alianza, la de los grandes despotismos ilustrados que se resistían a morir (Austria, Prusia y Rusia). En 1793, el Borbón español Carlos IV no pudo, o no supo ayudar a su primo, el Borbón francés Luis XVI, y éste fue guillotinado por Robespierre. Sin embargo, en 1823, el Borbón francés Luis XVIII, acoge con entusiasmo la petición de ayuda del conspirador Fernando, el Borbón español. ¿Una mafia familiar que se repartía ámbitos de poder? Es una forma más de verlo, más del tipo *El Padrino*. Los hijos de San Luis le dieron a Fernando diez años más de poder absoluto, y a España, diez años más de oscuridad y tenebrismo.

Cuando Juan Prim contaba con 20 años, España volvía a sumergirse en el horror de la guerra. En realidad ya la estaba habiendo. Nunca había acabado, solo que la guerra civil que se desencadenaría en 1834, había sido hasta entonces, una guerra solapada, una guerra escondida, no oculta, pero sí ocultada. Al exterior, la España de Fernando VII era pacífica. En el interior, se sabía que no era así. La primera legión de exiliados españoles estaban asentados en el sur de Francia. Primero se exiliaron los afrancesados, los partidarios de los Bonaparte. Luego, la mayoría de los liberales. Y después, les tocaría a los tradicionalistas, es decir, a los que apoyaban a los absolutistas. Una España somete a la otra media. Es una historia que sobra explicar porque todos la conocemos. Y en mitad, una parte de España que no forma parte de las dos, y que siempre paga el pato. El padre de Juan se alistó de nuevo y combatió a los carlistas catalanes. Ahora, la dinastía Borbón quería enlazar con los liberales y pactar la formación de un régimen liberal que disolviera el absolutismo y el régimen señorial definitivamente. Muchos militares, curtidos en las guerras de América, donde España no tenía fuerza para mantener esos territorios, lucharon contra quienes les habían enviado allí, al matadero. En ese ambiente se estaba formando el enorme militar que terminaría siendo el joven Juan Prim. Isabel, la reina niña, subió al trono en 1843, justo cuando otro héroe popular, el general Espartero, cayó en desgracia. Tenía la reina, trece años.

En este ambiente, Prim se alista y en 1834 lucha por los liberales, por la causa de Isabel. Era tal el arrojo y la sangre fría del joven Prim, era tal la fuerza con la que conseguía doblegar a las partidas carlistas, que en 1844, ya era teniente. Participando en la vanguardia, comandó la toma de San Miguel de Sarradell, capturando personalmente la bandera del cuarto batallón carlista de Cataluña. Recibió la Laureada de San Fernando, máxima condecoración al valor militar. Al año siguiente asaltó Solsona, subiendo por las puertas de la muralla, abriéndolas desde dentro, y facilitando el asalto a la ciudad. Fue nombrado como consecuencia de ello, comandante. En los últimos años de la contienda, capturó varios convoyes de aprovisionamiento carlista, perdió hasta cuatro caballos y recibió una segunda Laureada y un ascenso a coronel. En poco más de diez años, prácticamente había completado toda la carrera militar.

El coronel Prim tomó parte en la rebelión de La Granja (rebelión militar del 18 de julio de 1836) por los progresistas. Fue elegido diputado por Tarragona con el partido de Calatrava y Mendizábal. Los diputados en esta época, en la que el sufragio era solo un término burocrático y no democrático, no tenían tan poco trabajo como hoy día. Un diputado militar como Prim podía estar en Madrid en las cortes un martes, y por la tarde partir al frente catalán carlista y comandar una operación militar. Hacerse un nombre en la política nacional, o mejor dicho, en el panorama nacional, lo que hoy sería más o menos, ser famoso en España, no era fácil en esa época. No había Gran Hermano, ni Operación Triunfo. Había Operación Triunfo, pero en el siglo XIX no se trataba de cantar mejor, sino de matar mejor. O de derrotar primero y abrumadoramente al rival. Prim fue designado subinspector de Carabineros de Andalucía. Igual que lo fue su padre, y por eso Prim era un experto, comenzó a conspirar contra Espartero. En Perpiñán fue capturado intentando conversar con un buen amigo de Narváez, que pretendía ser el nuevo regente en sustitución de Espartero. Prim se unió al levantamiento contra Espartero, y fue nombrado brigadier y capitán general de Madrid por Narváez. *La Jamancia* fue una especie de precedente de la Semana Trágica de Barcelona, solo que unos 60 años antes. Prim fue enviado por Narváez para pacificar la ciudad. La represión de Prim fue dura, pero lo fue menos que la de Espartero unos años antes.

Y lo fue mucho menos que la de 1909. Después lo nombraron capitán de Ceuta, cargo que rehusó, por lo que fue encarcelado en un castillo gaditano. Cuando salió, fue enviado a Puerto Rico, donde tuvo problemas con las guerrillas de esclavos negros, apresando al líder "El Aguila". En 1848, las Antillas Danesas recibieron un ataque por parte de los esclavos de la Martinica francesa. Prim ofreció su ayuda militar y aplastó a los esclavos. Fue condecorado con la *Dannebrog*, máxima condecoración militar de Dinamarca. Posteriormente fue agregado militar en Francia, y se le nombró observador de la guerra de Crimea, en 1853. Desde Turquía regresó a España tras el triunfo de la Vicalvarada. Y tras ocupar diferentes cargos, llegó el gobierno de la Unión Liberal.

O'Donnell en 1856 vio su oportunidad, y se alzó con el poder. Prim supo que no tenía otra opción que la de adherirse a su partido para seguir teniendo influencias. La política de O'Donnell era clara: mantener varios frentes de guerra abiertos en el extranjero para que en el interior todo estuviera calmado. Es una constante que hay que tener siempre en cuenta: las guerras exteriores se hacen, en primer y quizás último término, para mantener controlada a la población en el interior. Prim protagonizaría dos hazañas de primer calibre. En primer lugar, en Marruecos, donde se declaró la guerra en 1859. Castillejos y Wad Ras son dos nombres escritos con letras de oro en la historia militar española. Al contrario de lo que sería la guerra marroquí en años posteriores (desastres de Barranco de Lobo y Annual en 1909 y 1921), Prim supo cómo hacer la guerra en el Rift, quizás mostró cómo había que hacerla, lo que sucede es que sus manuales nunca fueron usados posteriormente. Además, la batalla de Tetuán, donde fueron capturados los cañones de hierro que luego se fundirían y que se transformarían en los leones que flanquean la entrada al palacio del congreso de los diputados de Madrid, fue decidida por su actuación. Prim llegó hasta el campamento de Muley-Abbas, y acabó con el conflicto. Fue nombrado marqués de Castillejos y recibido en Cartagena y Madrid en loor de multitudes. Era el nuevo héroe, y empezaba a hacerle sombra al todopoderoso O'Donnell.

Prim ya empezaba a ser un elemento perturbador y molesto. En los últimos años, apenas había vivido en España. Siempre se le pretendía tener ocupado en asuntos lo más lejanos de Madrid. Digamos que, de alguna forma, Prim era una cabeza cuyo cuello debía ser cortado. Y así, en 1861, se decidió el envío de una flota contra el gobierno mexicano de Benito Juárez. Los extranjeros en México estaban siendo asaltados y desposeídos de sus propiedades, es decir, obligados a su repatriación. Gran Bretaña, Francia y España firmaron en Londres, en octubre de 1861, un acuerdo de intervención conjunta para lograr las reparaciones económicas del gobierno mexicano. Se le llamó popularmente *la guerra de los pasteles*, dado que Francia terminó por encontrar como *casus belli* el hecho de que fue asaltada en la capital mexicana una pastelería de un ciudadano francés. Prim, al frente de la flota española desembarcó en el puerto de Veracruz y San Juan de Ulúa, a las órdenes del general Serrano, Capitán General de La Habana. Pero Prim captó inmediatamente la verdadera naturaleza de la operación. El segundo emperador de los franceses, que al igual que ocurría en la antigua Roma, la de los Césares, era sobrino del anterior, pretendía incluir a México como uno más de sus peones en la formación de un Imperio de Ultramar. Lo que verdaderamente encerraba la operación tripartita era, ni más ni menos, que la creación de una monarquía mexicana satélite de Francia. Y pretendían los franceses, que los españoles y los británicos les ayudaran a hacer el trabajo sucio. Inmediatamente, la fiebre amarilla se cebó con las tropas españolas, y el general Prim decidió entablar por su propia iniciativa conversaciones con los representantes del jefe de todo aquello. México se apellidaba por entonces Juárez. El era México, y México era también él. Prim hablaba con México. En cuanto captó la verdadera naturaleza del problema, Prim no se lo pensó dos veces. En pocas semanas, toda la expedición española estaba de regreso. Se mantenían intereses económicos muy fuertes con México, intereses que podían verse malogrados por culpa del engaño que el segundo Napoleón estaba a punto de perpetrar. La tumba de su Imperio, el segundo de Francia, sería la operación mexicana, que triunfó por algunos años, pero que no tenía visos de perpetuarse. Prim con su decisión, solo con su decisión, tomando todos los riesgos de la misma: especialmente contra O'Donnell y la propia Isabel, evitó un desastre político y militar. Pero la llegada a España, el regreso, no iba a ser muy bueno para él.

La política nacional estaba ya muy gastada. El veneno corría por los mismísimos engranajes del sistema político de Isabel II. En 1866, el general Prim no quiso saber más de España y tomó el rumbo que tantos otros españoles habían escogido: el exilio. Puló por las principales urbes europeas, pero finalmente, fue Ostende la elegida, en la nada sospechosa Bélgica. Allí, todos los políticos enfadados con Isabel II, en realidad, antiguos valientes que habían lanzado su valor por la ventana y optaban ahora por la traición, además a precio de coste, se echaban en manos del general Prim. Este intentó en 1864 lanzar una asonada para entrar con manos libres, aunque posiblemente con alguna mancha de sangre, por Madrid. Pero sus amigos lo delataron y fue recluido en Oviedo. Todo esto antes de iniciar su periplo por Europa. Prim era más popular cuanto más lejos de casa estaba. Incluso en las propias cortes europeas se le trataba como a un auténtico héroe. Muchos políticos, como Ruiz Zorrilla, Cánovas o Sagasta, que pasarían a la Historia, entre otras razones, tras las consecuencias de la muerte de Prim, jugaban a dos bandas. ¿Por qué jugar a una banda cuando se pueden jugar a dos? Esto no es nuevo. Si se tiene la oportunidad de hacer una trampa en el juego, sin duda, se hará. Otra cosa es que te pillen. A estos no los pillaron. O al menos, no a tiempo. La conspiración liderada por Prim desde Ostende creció con las migajas del desmoronamiento del trono de Isabel. Aquello más parecía una casa de caridad que un frente patriótico que pudiera ofrecer una alternativa sólida a Isabel II. Luego se demostró la debilidad de aquello. Prim finalmente terminó en Londres. A la espera de que sus contactos y sus políticos pusieran en marcha el último golpe contra el sistema de Isabel. No debía tener todas consigo el propio Prim si se marchó a Londres a pocos días de la asonada.

Lo cierto es que Prim no tenía motivos para apoyar a los Borbón. Su padre apoyó a uno y le costó muy caro. Él había desarrollado toda su carrera jurando fidelidad a Isabel, pero nunca fue verdaderamente recompensado. Solo veía malas caras y peores ideas. Ahora tenía la oportunidad de vengarse, de resarcirse. Para O'Donnell había resultado ser un instrumento más con el que acrecentar su propio poder y popularidad. Progresistas y conservadores terminaban traicionando a sus propias ideas. Nada nuevo bajo el cielo de la vieja Hispania. Pero Prim tenía en su cabeza la idea de un país nuevo, renovado, y acorde con el contexto europeo en el que debía caminar. España aparecía en la esquina de la Historia de Europa, apoyada, reflexionando, pero sobre todo, indecisa sobre su futuro. No había avances en ningún sentido, pero más por no saber hacia dónde

avanzar, que por el hecho en sí de hacerlo. Prim sabía hacia donde se debía dirigir. Si España quería aspirar a volver a ser una potencia, debía industrializarse a un nivel mucho más fuerte que al que lo estaba haciendo. Y el único régimen propiciatorio era el de la Democracia parlamentaria. Prim se había convertido al democratismo radical. Defendía el sufragio universal masculino. Era partidario de una monarquía, pero no de que un Borbón ocupara el trono. Quería una reforma militar que eliminara el sistema de quintas. Algunas cosas sí consiguió. Otras no. Quizás no supo mirar con perspectiva. ¿Acaso la caída de Isabel II supondría que en España no había partidarios de los Borbones? Fue un error que no supo o no pudo corregir. O fue un riesgo que, con toda la fuerza y valor que lo caracterizó, corrió por su propia cuenta.

En septiembre de 1868, el almirante Topete y el general Serrano comandaron una enorme asonada militar que hizo indigestarse a la reina Isabel, que tan plácidamente veraneaba en la Concha, en San Sebastián. Su eterno amante, y posible padre verdadero de Alfonso XII, su hijo, el general Serrano, se rebelaba contra ella y le indicaba el mismo camino que su padre había tomado en 1808. Al fin y al cabo solo habían transcurrido sesenta años. Sin embargo, Isabel se marchaba, pero la causa borbónica permanecía en España. Isabel tuvo seguro que ya nunca volvería al incómodo trono de Madrid. Pero también tuvo seguro que su hijo Alfonso llegaría a sentarse en él. No importaba cuánto tiempo transcurriera. España estaba abocada a una guerra civil. La enésima de su Historia. Entre lobos no puede haber sino lucha. No la hubo en Alcolea, en Córdoba, donde las pocas tropas leales a Isabel, o se pasaron al ejército de Serrano, o marcharon hacia Despeñaperros. En octubre se abrían las puertas a un experimento político nuevo para España. Y el gran alquimista del mismo era el general Prim. Sin embargo había enormes dificultades para que el experimento llegara a buen fin. Sobre todo, uno llamado general Serrano. Espartero, Narváez y O'Donnell habían pasado por delante de Serrano como grandes espadones, auténticos reyes en la España de la reina Isabel, y él, solo pudo mirar desde un segundo plano, pero con la boca hecha agua, al pastel del poder. Había que compartir el pastel. Serrano encabezó el Gobierno Provisional, y Prim ocupó la jefatura militar del país. Era evidente que había que convocar cortes constituyentes. Fruto de ellas fue la Constitución de 1869. La opción de República ya empezaba a salir por ahí. Era un viejo fantasma, más bien un oscuro presagio, que al menos por el momento se evitó. El país era monárquico, estaba claro. Pero ya no era borbónico. Había partidarios de la reina exiliada, y familiares Borbones que postulaban su candidatura al trono, pero el régimen ya no podría ser Borbón. Aunque en Europa no se extrañaban de que, al final, otro Borbón ocupara el trono español. En 1869 comenzó a funcionar el sistema. La jefatura del Estado, a modo de Regencia, la ocupó el general Serrano, a la espera de que las cortes votaran a un nuevo rey. Prim ocupaba la presidencia del gobierno, que ya no era provisional. No sabemos cuántas noches se pudo pasar Prim sin dormir, pero no debieron ser pocas. Todo ello porque todas las cortes europeas querían poner, o imponer, a su candidato en Madrid. Las disputas más calientes estaban entre París y Berlín. Napoleón III quería poner a uno de sus familiares. Mientras, Prusia, que estaba a punto de convertirse en el Imperio de Alemania, quería que un Hohenzollern, miembro de la familia real prusiana ocupara el trono. Prim sin embargo quería que España, o al menos su nueva monarquía fuera lo más neutral posible. Era lógico. Europa olía a metralla, y una mínima chispa podía prender el polvorín. Madrid era ya por entonces un hervidero de espías y charlatanes. Nunca un rumor español, pasaría a la Historia como el que desencadenó la guerra entre Francia y Prusia, o mejor, entre Napoleón y el canciller de acero, Bismarck. España fue la causa del inicio de esa guerra. Más concretamente, una silla lujosa, coronada en oropel, y situada en el Palacio de Oriente, en Madrid. Ese asiento costó la vida de miles de franceses y de centenares de alemanes durante diez meses. ¿Quién prendió la mecha? Los unos culpan a los otros. Al final, lo que está claro es una cosa, tanto unos como otros se tenían muchas ganas. El asunto se llama *el telegrama de Ems*. El rey de Prusia informó a Bismarck de que, quien había convencido a Prim de que el candidato alemán era inadecuado era Napoleón III. Y lo hizo a través de un telegrama desde el balneario de Ems. Como siempre sucede, alguien intercepta el telegrama y lo publica en un periódico. El gobierno alemán no tenía más remedio que matar franceses.

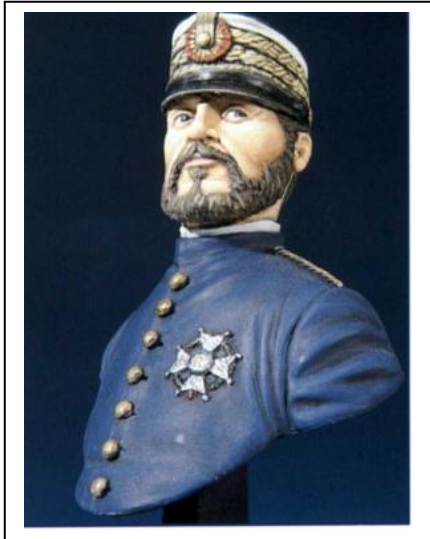
Prim puso una pléyade de candidatos. Serrano hizo célebre una frase suya: *“Encontrar un rey demócrata en Europa es tan difícil como encontrar a un ateo en el cielo.”* Los candidatos finales fueron: Fernando de Sajonia-Colburgo, un candidato portugués; Leopoldo de Hohenzollern, el prusiano, que visto lo visto, no tendría ningún voto; se le ofreció al viejo general Espartero, que hizo oídos sordos, y además, ya ocupó el trono entre 1841 y 1843 y todavía tenía cicatrices de las quemaduras que el asiento le habían producido en el trasero. Alfonso de Borbón, el hijo de Isabel, ya fue propuesto, pero solo los borbónicos le votaron. El duque de Montpensier, cuñado de la exiliada reina, también presentó su candidatura. Y por supuesto, los carlistas también propusieron a su candidato, al que llamaban Carlos VII. Pero Prim encontró un candidato propio en septiembre de 1870. Su candidato era italiano. Italia estaba culminando el puzzle de su unificación nacional. La casa de Saboya había liderado dicho proceso. Y todo ello, dentro de la legalidad democrática, con el sufragio universal como bandera. Era el más demócrata de todos los candidatos. Al menos su casa real lo había demostrado. El duque de Aosta, Amadeo, segundo hijo de Víctor Manuel II, rey de Italia, era el hombre de Prim. La mayoría parlamentaria, la de Prim, votó a favor de Amadeo. Pero su mayoría, aunque fue suficiente, no era holgada, distaba mucho de ser abrumadora. Prim, sin embargo, pensaba que era el candidato adecuado, y España debía caminar de la mano del italiano.

Prim, sin embargo, no sé si desconocía o no el hecho de que, lejos de lo que podría parecer, Amadeo no caía precisamente bien entre la sociedad española. El pueblo entendía la huida de los Borbones, pero no entendían por qué un italiano del que no conocían ni su nombre debía ser el nuevo rey. Amadeo no conocía nada de España: ni sus costumbres, ni sus leyes, ni su cultura, ni su idioma. Amadeo solo conocía de España dos cosas: una, que un general muy famoso, Prim, apostaba por él; y dos, que el parlamento español le había elegido democráticamente como nuevo Rey. Amadeo, sin embargo, tenía mucho miedo. Supongo que sería el miedo que se profesa siempre hacia lo desconocido. Y a los españoles siempre hay que temernos. Somos capaces de cualquier cosa. Hasta de lo más rocambolesco. Como así ocurrió. Todo estaba preparado para que el primer día de 1871 llegara a España, desembarcara en Cartagena, el nuevo rey. Para algunos historiadores, Prim pecó de exceso de confianza. Quizás, de confianza en sí mismo y en su país. Es curioso, pero un español nunca puede fiarse de España. Se confió. Otros piensan que asumió las consecuencias de apoyar a un rey extranjero. Había muchos intereses. Los famosos poderes fácticos no vieron con buenos ojos la llegada de Amadeo. Pero, sobre

todo, y yo creo que la clave de todo, era que no veían con buenos ojos el binomio Prim-Amadeo. ¿Qué reformas tenía previstas realizar Prim con Amadeo como Rey? Estaba claro que con Amadeo, Prim tendría casi las manos libres para actuar conforme a su programa político. La modernización política del país en su visión no era correspondida con la de muchos grupos poderosos. La iglesia española nunca aceptó a Amadeo como Rey. Sobre todo por una razón de peso: en 1871, ya con Amadeo en España, su familia apoyó la entrada de las tropas italianas en Roma, hasta entonces gobernada por el Papa. Desde entonces, el Papa solo pudo gobernar un pequeño barrio de Roma, la llamada Ciudad del Vaticano. Todo ello fue posterior al magnicidio.

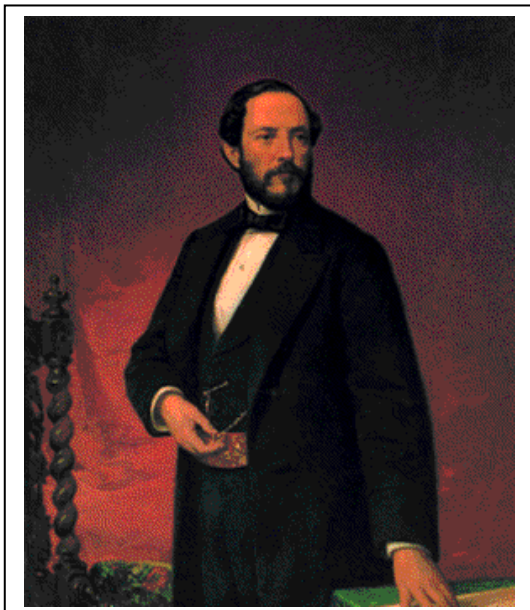
El 27 de diciembre, a las 19:30 horas, Prim abandonaba el parlamento tras un acalorado debate con un republicano radical. Una berlina verde le esperaba al final de la escalinata flanqueada por los leones del hierro que se obtuvo tras la fundición de los cañones que apresó en Marruecos. El coronel Moya se sentó en el asiento delantero. Con él, en el trasero, se sentó su ayudante Nandín. E iniciaron el itinerario hacia el palacio presidencial, el Palacio de Buenavista, sede del ministerio de Guerra. Para ello tuvo que atravesar la calle del Turco, hoy Marqués de Cubas. Al llegar a la mitad del tramo en el que pasaban, un par de diligencias aparecieron atravesadas cortando el paso a la comitiva presidencial. El coronel Moya se percató de que, al menos tres individuos se estaban aproximando. Nevaba copiosamente y apenas se veía, la oscuridad ya había caído sobre Madrid. Llevaban estos individuos enormes camiones, y bajo ellos, parecían llevar carabinas. Uno de ellos es seguro que llevaba una pistola. Llevaban la cara cubierta con un pañuelo, y un enorme sombrero. Parece una escena típica del oeste americano, pero no, era el 27 de diciembre de 1870, y era Madrid. El coronel Moya dijo al general Prim: *“Bájese usted mi general, que nos hacen fuego.”* Apenas fueron unos segundos. Tres asaltantes por el lado derecho y dos por el izquierdo convirtieron la carroza presidencial en un colador. El cochero reaccionó pronto y puso en fuga la comitiva hacia la calle de Alcalá. Aparentemente Prim había sobrevivido en buenas condiciones al ataque, aunque tenía una mano destrozada. Llegaron rápidamente al ministerio de guerra, donde Prim pudo subir por su propio pie las escaleras que daban acceso a la zona de vivienda. Tranquilizó a su mujer y avisó al servicio médico. Una hora más tarde, hacia las 9 de la noche, a Prim se le amputó una falange del dedo anular derecho. Sin embargo, la operación más delicada se prolongó hasta media noche. Había recibido un trabucazo en el hombro izquierdo. Se le extrajeron hasta siete balas. Las noticias que se difundieron por Madrid, y luego, por toda España, decían que Prim había sobrevivido y que estaba bien. Pero eso no era así. La evolución de las heridas fue desfavorable. Las prácticas médicas aun distaban mucho de ser eficientes. Los instrumentos no se esterilizaban, y se accedía al interior de los orificios de bala sin desinfectarse las manos. Eso fue lo que, en última instancia, causó el agravamiento del estado de Prim, y su muerte el día 30 de diciembre de 1870. Prim murió medio desangrado y con unas infecciones que hicieron que su agonía fuera larga y dura. El régimen que se estaba a punto de estrenar, nacía, por tanto, muerto. España entraba en 1871 con un funeral de Estado. Amadeo supo de la muerte de Prim a su llegada a Cartagena. Era una noticia muy mala. No tenía amigos en España. Su mentor había sido cruelmente asesinado. Y el miedo, atenazaba al joven rey. Su primer acto como rey de España fue presidir el funeral del presidente del Gobierno, el general Prim.

Prim era un elemento molesto, y empezaba a ser decisivo, demasiado decisivo en la política española de esta época. No es que fuera un antiborbónico, sino más bien, era un demócrata y ante todo un patriota. Y su patriotismo le dictó en conciencia que los Borbones debían marchar del poder. Lo importante de todo es la pregunta que da título a este escrito: ¿Quién instigó la muerte de Prim, su asesinato? En 1960, el abogado Antonio Pedrol pudo demostrar quiénes eran los perpetradores del atentado: Paúl y Angulo, y otros republicanos. Pero no pudo esgrimir una hipótesis apoyada en pruebas concluyentes sobre quién estaba verdaderamente detrás de la conspiración. Se sabe que quienes reclutaron a estos republicanos, gente de medio pelo en realidad, el último eslabón de la cadena, eran personajes muy próximos, afines al duque de Montpensier y al general Serrano. Montpensier lideraba a los grupos borbónicos que estaban en contra de la política de Prim y de la monarquía extranjera, como ellos la llamaban. Las amenazas sobre Prim desde los borbónicos habían sido numerosas y desde la misma Revolución Gloriosa. Amadeo también las tuvo que soportar. No hay que subestimar a Amadeo, pues aguantó dos años muy difíciles en España. Amadeo marchó a su país en febrero de 1873 con una depresión de caballo. Nunca logró recuperarse del todo. Ya declaró que *los españoles son ingobernables*. Claro, lo somos si nos interesa serlo. Montpensier era muy rico, y ya se le supone involucrado en otra serie de asuntos para nada limpios. Por otro lado, el general Serrano no era precisamente amigo de Prim. Eso no quiere decir que fuera enemigo suyo. Pero el razonamiento es fácil y lógico. Es más fácil que un conocido de Prim, pero no amigo suyo instigara su asesinato, que el que lo hiciera fuera un enemigo suyo. Solo por una cuestión, si fuera un enemigo declarado suyo, el principal sospechoso sería él. Estoy seguro de que si Serrano hubiera sido un enemigo declarado de Prim, no hubiera tenido nada que ver con todo este asunto. Pero es precisamente porque no levanta ninguna sospecha, al menos a primera vista, por lo que yo, personalmente, creo que también participó del complot. El asesinato de Prim fue un golpe de Estado en toda regla. Si eliminas al principal ideólogo del sistema político que acabas de estrenar, simplemente puedes manipular dicho sistema cuando, además, todo el trabajo sucio está completamente hecho. Montpensier, Serrano, ¿alguien más? Yo añadiría que, posiblemente, los carlistas. Ellos vieron la opción de entronizar a su rey aunque tuvieran que aceptar la Democracia. Pero fueron ninguneados por Prim. También, y en concordancia con lo anteriormente expuesto, los carlistas sí que eran enemigos declarados de Prim, y podían ser los principales sospechosos de todo. ¿Y la Iglesia? La Iglesia es como Dios, está en todas partes. Y en todos los follones. Seguro que si supo algo del complot, no se opuso a ello. No sé si animó a que se perpetrara el atentado, pero seguro que no se opuso a él. Es seguro que los republicanos participaron, pero fueron el último eslabón de la cadena como quedó demostrado en la investigación de 1960. Entre todos lo mataron, y él solito se murió. Puede ser la respuesta más correcta. Curioso es que, tras los funerales de Estado, todo transcurrió como si nada hubiera pasado. No hubo investigación oficial. Las pesquisas policiales se paralizaron pronto. Y el asunto se enterró con la misma celeridad con que se enterró al cuerpo de Prim. ¿Por qué murió Prim? Quizás cuando logremos responder a esta pregunta, podamos responder con certeza a la pregunta que titula este capítulo. Es una de las historias que nos quedan por contar.



Busto del general Prim en el antiguo museo del Ejército en Madrid.

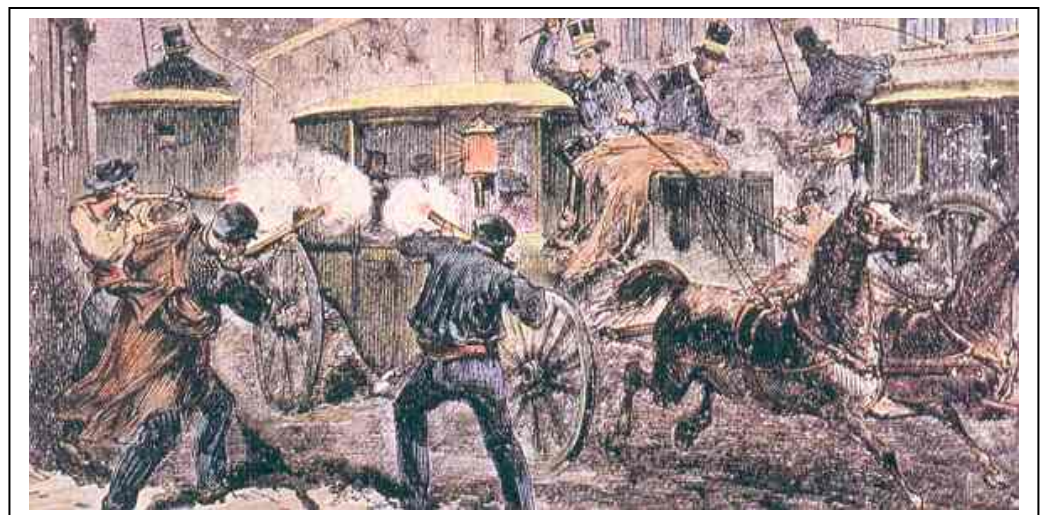
El general Prim en la guerra de África. Óleo de Francesc Sans i Cabot.



General Prim retratado por Madrazo. Senado.



Grabado de la época en el que Prim, Serrano y Topete subastan la Corona.



Recreación en una revista de la época del atentado en la Calle del Turco contra Prim.



Dramático momento immortalizado por Antonio Gisbert en 1870. Es el velatorio de Prim. Amadeo conoce en persona, de cuerpo presente, a su mentor. Sabía que no iba a durar mucho en aquél trono extranjero.



Tres imágenes actuales del mausoleo de Prim en Reus, su localidad natal.